

El Panteón Nacional de Caracas

Por Javier Gutiérrez Villegas

Está bien recordar ante esta diserta asamblea que el 28 de octubre, onomástico del Libertador, se cumplen años del traslado de sus cenizas, de la Catedral de Caracas, al Panteón Nacional. Así lo dispuso el presidente Antonio Guzmán Blanco, mediante decreto que declaró la iglesia de la Santísima Trinidad, como asilo eterno para sus restos venerandos.

No es aventurado decir —apunta un historiador—, que el General Guzmán Blanco, acariciase el proyecto de erigir en Caracas un Templo Simbólico de la Patria, semejante al que la Asamblea Nacional de Francia concibió en 1791 y para el cual fue destinado el santuario de Santa Genoveva, en París, tan vinculado a las tradiciones y memorias de la Revolución Francesa. De otro lado, si se considera que en España también fue convertida en Panteón Nacional una tradicional Iglesia, la de San Francisco el Grande, en Madrid, con destino a reunir los despojos del Cid, de Guzmán el Bueno, don Gonzalo de Córdoba, Nebrija, Jovellanos, Campomanes, Alonso Cano, Garcilaso, Ercilla, Tirso de Molina, amén de otros representantes eximios del espíritu hispánico, la consagración de la Santísima Trinidad de Caracas al culto de Bolívar y de los claros varones de Venezuela, queda justificada.

La elección de esta Iglesia está respaldada por razones históricas, estéticas y morales. Entre ellas apunta Don Ramón Díaz Sanchez, cabría señalar, las siguientes: la situación del edificio al norte de la ciudad y su proximidad a la Sierra del Avila, eminencia que además de su imponente decoración natural ofrece al sitio el marco de sus tradiciones autóctonas; la particular devoción que tuvo la familia Bolívar por el Misterio Sacrosanto de la Santísima Trinidad, y la circunstancia de haber pernoctado allí, antes de ser conducidos a la Catedral, los restos de Bolívar cuando, en 1842, fueron repatriados de Santa Marta y devueltos a su tierra nativa.

No hay duda de que la devoción familiar constituye el argumento de mayor peso. Don Aristides Rojas en su ensayo "Bolívar y la

NOTA. — Discurso de Recepción en el Centro Bolivariano de Antioquia.

Santísima Trinidad”, señala que a ella se debió el nombre de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, que llevó nuestro Libertador y que para abundamiento de razones, su padre lo llevó a la Capilla de la Catedral destinada a aquella devoción por sus ascendientes y luego a la Ermita, ahora Panteón Nacional.

La construcción de la Capilla de la Trinidad en la Catedral de Caracas data de 1689 y se realizó por concesión que se hizo al Proveedor don Pedro Jaspe de Montenegro, antepasado de Bolívar, para que allí, junto a la Capilla que el Señor Obispo estaba edificando en terreno inmediato al cementerio, se colocase “un cuadro de media talla que se había ejecutado en Nueva España, del Misterio de la Santísima Trinidad y que allí, llevando el título de Patrono, se diese sepultura sin pagar derechos algunos a él y a sus esclavos y domésticos”. El patronato de esta Capilla vino a recaer en el Libertador como nieto que era de doña Petronila de Ponte y Marín, hija del fundador Jaspe de Montenegro y segunda esposa de don Juan de Bolívar y Villegas, abuelo del héroe. En dicha Capilla fueron enterrados los padres y la joven esposa de Bolívar, y más tarde, el 7 de octubre de 1842 setenta días antes que los restos de su glorioso hermano —lo fue también el cadáver de María Antonia Bolívar—. Se explica, de este modo, la piadosa antifona del Padre Borges en su alabado discurso, al declarar museo nacional la casa natal de Bolívar, el 5 de julio de 1921. La Santísima Trinidad, dijo entonces, es la llave de oro que ha de abrirnos el alma de esta casa, templo de nuestro patriotismo, solar de nuestra gloria y Belén de la Libertad para toda la América española.

Y como broche de tan gentil y limpia tradición, nada como los términos del mismo Libertador, a su regreso a Caracas, en 1827: “Ahora que después de fatigas incalculables y de una larga ausencia, he vuelto a saludar los hogares paternos, mi sensibilidad y mi ternura se han excitado vivamente; y no siéndome dado salvar el abismo inmenso que me separa de los autores de mi vida y de mi cara y tierna esposa, quiero, al menos, honrar su memoria. Juzgo que mis deseos por ningún medio podrán llenarse mejor que erigiendo un monumento en qué depositar perpetuamente sus restos venerables; y juzgo al mismo tiempo que sus méritos personales y el patronato que por derecho de primogenitura ejerzo en el Altar de la Trinidad, serán influjos bastante poderosos ante la autoridad eclesiástica para que acoja benignamente los conatos de la piedad filial y permita que exhumando los cadáveres de los señores Juan Vicente Bolívar, Concepción Palacios y María Teresa Toro, sean trasladados a la Capilla de familia, en la Catedral”.

En reciente viaje a la hermana República, tuvimos el placer de admirar el monumento a los padres y la esposa de Bolívar. El proyecto fue presentado por Don Vicente Lecuna, acogido por la Sociedad Bolivariana de Caracas y auspiciado por el Gobierno. Se inauguró en 1952 y se debe al cincel de Victorio Macho, a quien ahora llora el arte universal. Sobra la obra sepulcral, va grabada esta leyenda: “La Nación agradecida, cumple los deseos del Padre de la Patria, erigiendo este monumento a la memoria de sus padres y de su esposa”.

Qué conjunto aquél, de tan clásica y solemne imponencia! Las tres estatuas yacentes, labradas en fino mármol de Carrara, parecen dormir un sueño sin treguas. El genio del escultor alcanzó, en su faena creadora, el ápice de lo sublime. A la diestra, vestido de sus arreos militares, calzado de botas de campaña, el Coronel Juan Vicente Bolívar entorna un tercio la cabeza nobiliaria, en la laxitud serena de la muerte. No hay duda, al verlo, que Victorio Macho se basó, para el modelado, en los rasgos de su hijo Simón, conforme lo vio Tenerani. Es un Simón Bolívar más vigoroso, más musculado, de más fuerte compleción física. Las manos, a la altura del vientre, empuñan la espada, prez de aquella estirpe de invictos. Al centro la dulce María Teresa, la amada inmortal. Ceñida de finas blondas, cruza las manos sobre el corazón. "Jamás te reemplazaré, mientras viva", juró Bolívar ante su cadáver tibio. La excelsa mujer, muerta en la flor de la existencia, parece, con aquellas manos, guardar dentro del pecho la cumplida promesa, retener dentro del alma la imagen adorada, la fugaz memoria de su idilio, rotos en los umbrales mismos de la dicha. A la izquierda, doña María de la Concepción Palacios, la madre venturosa, sujeta entre las manos una corona. Es el premio a la fecundidad, que alabarán los siglos de los siglos. El artista debió repasar, en la fiebre creadora, las páginas del Padre Borges: "Su belleza es fina y delicada, como la de los lirios avileños. Tez de blancura alabastrina, boca de dulzura infinita, negro y ondulante y copioso el cabello. La bondad y la ternura le son connaturales, como el perfume a la azucena y la dulcedumbre al panal". Fuerte contraste ofrece, hacia los pies de las esculturas, una figura de bronce. Es un desnudo que inclina la cabeza, una cabeza de un dolor comprimido. Con los brazos enormes, descomunales, ciñe, en la comunidad del sepulcro a las dos mujeres inmortales.

Al pie del grupo fúnebre, justificamos las palabras de Lecuna: "Victorio Macho es un artista colosal. Su obra gigante y maravillosa tiene esa armonía sinfónica de la que nos habla Goethe. Debemos hacer caso omiso de la crítica tendenciosa y parcial. No podemos negar que Macho es español y que como tal también tiene derecho a glorificar a nuestro Libertador y a sus progenitores, imitando así a los Generales Iberos que tuvieron para con el glorioso Bolívar conceptos justos y nobles aún cuando él fuera el centro de la destrucción del coloniaje. Para nosotros el genial artista merece el alto aprecio y la perenne consideración de todos los bolivarianos del Continente, junto con nuestro aplauso por su obra bolivariana".

En el Museo Bolivariano, contiguo a la Casa Natal, encontramos la urna en que fueron trasladados los huesos del Libertador, desde Santa Marta. Notablemente carcomida y despojada de sus adornos primitivos, es una de las reliquias más preciadas. Por orden del Gobierno Granadino, la fabricaron los más finos y hábiles ebanistas bogotanos. Su estado actual no corresponde a la descripción que conocemos: "Fabricada de madera de rosa o palisandro, primorosamente embutida con otras bellas maderas. Su figura era de un cuadrilongo de base excavada, con una tapa de lados oblicuos que se adaptaban a la caja por medio de tornillos de plata. Todo presentaba una forma elegante en que se notaban las rectas y las curvas, armoniosamente combinadas. Sus

adornos consistían en embutidos de oro, marfil y maderas preciosas, ejecutados con el mayor gusto y primor. Las cuatro fases que formaban la tapa y las cuatro de la caja, estaban todas adornadas en derredor con hermosas orlas de encina. En el plano superior de la tapa había varios adornos, distribuídos de esta manera: en la cabecera se veía el retrato del Libertador, embutido en oro y marfil. En el medio, en un cuadrilátero de color claro, embutido de finísimas flores, se leían, en hermosos caracteres: "La Nueva Granada entrega a Venezuela el precioso depósito de las cenizas del Libertador Simón Bolívar, contenidas en esta caja. Año de 1842".

El 22 de noviembre, luego de 12 años de permanencia en la Catedral de Santa Marta, los restos de Bolívar, a bordo de la Goleta "Constitución", zarparon hacia Venezuela, en cumplimiento de la disposición testamentaria del Genio. El 8 de diciembre, el fúnebre convoy llegaba a la isla de los Roques, de donde salió, rumbo a la Guaira, el día 12. El 13 atracó en este puerto y el 15, los restos tocaron tierra venezolana. La apoteosis ocurrió el 17, aniversario de su muerte. La Gaceta de Caracas, del día siguiente hizo la más fiel descripción: "A las cuatro de la tarde, el féretro se halla a las puertas de Caracas. Todo el pueblo ha acudido allí, y sobre sus hombros y los de algunos antiguos camaradas y amigos que riegan con lágrimas la urna que abrazan, es conducida hasta la Capilla de la Santísima Trinidad". Fue una manifestación sensacional, agrega don Aristides Rojas. Participaron los viejos libertadores, los próceres compañeros del héroe. Páez que conservaba el poder, Urdaneta, Smith, Carreño, Montilla, el Marqués del Toro, los Monagas, Carrillo, Mc Gregor, Ayala... Construído en París, por gestión de Agustín Codazzi, se había erigido un arco triunfal, en el puente de la Trinidad. Las calles embanderadas, las casas enlutadas, el pueblo inmóvil y pensativo hacía patente el dolor de la Patria. Pirámides con crespones, palcos llenos de mujeres trajeadas de negro... más de cien antiguos servidores, parientes y amigos de Bolívar, desuncieron los caballos para tirar ellos, el fúnebre carro. Precedía la caballería, luego una brigada de artillería con su tren de campaña y a continuación el caballo simbólico con una gran gasa morada. De la Trinidad, la urna fue llevada a San Francisco, hasta el 23, en que fue trasladada a la Catedral.

Diez años después de la repatriación, con base en el mismo Decreto de Honores que dispuso llevar los restos a Caracas, se inauguró, en la Catedral, el monumento de Tenerani. La urna y el monumento permanecieron allí, hasta un día como éste, del año de 1876.

Con profundo respeto, luego de sernos franqueado el portallón por miembros de la Guardia Nacional, entramos al Panteón de Caracas. De las tres naves, la central está dedicada, exclusivamente, a Bolívar. En el fondo del Presbiterio, se destaca el conjunto marmóreo de Tenerani. Nadie mejor que el propio artista, pudo describir su contenido simbólico: "Sobre una gradería reposa un basamento, y sobre este un templete que contiene la estatua del protagonista; a los lados de ella se ven figuradas dos estatuas de tamaño natural, una que representa la Justicia, virtud que dio impulso al generoso Bolívar para sacudir el yugo extranjero. Esta, además de la balanza, emblema propio su-

yo, tiene también el de la fuerza, y bajo sus pies las armas y banderas españolas. La otra estatua representa la Magnanimidad que derrama riquezas de su cornucopia y son los tesoros que él esparció por la libertad de su Patria: de un lado tiene un león para significar la fortaleza de ánimo con que llevó a cabo la ardua empresa. Su estatua, palmo y medio más alta que lo natural, está en medio del templete, como he dicho, y completamente envuelto en un manto, con la diestra sobre el pecho en testimonio de la pureza de su conciencia, y con una corona de laurel en su izquierda, premio de su virtud. En el basamento está esculpido un bajo relieve de tres figuras, que son las tres Repúblicas que él fundó: huellan un yugo y están en actitud de dirigirse hacia una planta de laurel que denota su futura gloria, dejando por detrás una de abrojos, símbolo de las pasadas fatigas”.

Pietro Tenerani es, sin duda, el escultor magistral de Bolívar. Su interés por la figura del héroe data de 1831, cuando por encargo del General Tomás Cipriano de Mosquera, ejecutó el primer busto que más tarde se destinaría al Panteón de los Próceres, en Popayán. El notable bolivariano, Alfredo Boulton, autor de un folleto titulado “Los retratos de Bolívar”, asegura que el maestro italiano ejecutó varias réplicas, una de las cuales se halla en el Palacio de San Carlos, en Bogotá, y otra en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en Caracas. El mismo investigador encuentro singular parecido entre las estatuas y bustos que a Tenerani se encomendaron, con el retrato que de Bolívar hizo el médico y pintor francés Roulin, en Bogotá, hacia 1828. Para nuestra Patria fundió, en 1846, la imponente estatua de bronce que se alza en la plaza mayor de la Capital, idealizada en las estrofas impercederas de don Miguel Antonio Caro. Para guardar el corazón y las entrañas de Bolívar, cedidos en gesto fraternal por la comisión repatriadora a Colombia, Tenerani labró un monumento similar al del Panteón de Caracas. Lamentablemente, es dato simplísimo y doloroso, la urna que contenía las preciosas reliquias desapareció, en tanto que el monumento corrió igual suerte, al naufragar el buque “Cuaspuá”, cuando procedente de Italia, navegaba frente a las costas venezolanas.

Hace noventa años, al ser trasladadas las cenizas de Bolívar al Panteón, cambiaron de urna. El propio presidente cargó sobre sus hombros la frágil arca, obra del artista francés Emile Jacquin. Era, dice el cronista, de estilo gótico, trabajada en madera de cedro, con labores de oro sobre fondo blanco. Hasta 1930, el histórico depósito permaneció en un espacio de tres metros, entre el muro del Presbiterio y el monumento de Tenerani. El gobierno dispuso, que con ocasión del centenario de la muerte, los restos se trasladasen a suntuoso sarcófago de bronce, sobre alto basamento de mármol, frente al conjunto del artista. Físicamente, las cenizas de Bolívar deben pesar muy poco, pero encerradas en este sarcófago de tamaño heroico, labrado en primores por el español Chicharro Gamó, parecen soportar, en su tremenda grandeza, la historia y el porvenir de América. Ante este féretro, envuelto en silencio cortante, los romeros tienen la impresión, respetuosa y desolada, de estar asistiendo a las exequias del Grande.

Colmada de incidencias y muy ceñida siempre al pasado bolivariano, ha sido esta iglesia del Sacro Misterio, hoy Panteón Nacional.

Fue en el año de 1740 cuando el pardo Juan Domingo del Sacramento Infante, concibió la idea de construir, con sus propias manos y a expensas suyas, una iglesia consagrada a la Santísima Trinidad. Constante en su fe religiosa, comenta un cronista, y sostenido por ella, en un período de casi 40 años, el espíritu de aquel hombre del pueblo probaría todos los sinsabores y haría frente a múltiples sacrificios, pero asimismo tendría oportunidad de conocer la bondad en los actos de muchas almas piadosas. Para cubrir los primeros gastos, se deshizo de cuatro pequeñas casas de que era propietario, y como el producto no le bastase, apeló al recurso de las limosnas. A esta época corresponde el milagroso episodio que relata el escritor Nicanor Bolet Peraza, quien asegura haberlo visto en el libro que el propio Infante llevaba para anotar las dádivas que recibía: "El día tres del mes tercero de 1774, dando el reloj las tres de la tarde, recibí tres reales de limosna en el propio sitio donde actualmente está plantada la Iglesia, y al volver yo la cara, se me desapareció el donante". A lo que observa Bolet Peraza: "Triple coincidencia que por sí sola hace detener la atención del cristiano y que simboliza el Sagrado Misterio de la Trinidad". Relata la historia que aquel pobre artesano llegó a hacerse dos veces esclavo, para poder proseguir la construcción. A su muerte, en 1780, fue sepultado al pie del altar mayor, en la bóveda que él mismo se había destinado. La Ermita, inconclusa entonces, fue terminada en junio de 1783 y consagrada en julio del mismo año. Ese mes, del mismo calendario, nacía el Libertador Bolívar.

En 1812, año catastrófico para la causa de la libertad en Venezuela, sobrevino el terremoto que dejó a más de media ciudad en ruinas y costó la vida a más de 10.000 venezolanos, según el cálculo del Barón de Humboldt. La Iglesia de la Santísima Trinidad quedó totalmente destruída. José Domingo Díaz, testigo presencial de la hecatombe, asegura que el templo cayó sobre sus mismos cimientos. Fue un hundimiento: ninguna piedra salió fuera de su área. Nueve años después, se emprendió la reconstrucción. En 1865, un escritor ponderaba así: "Nada más bello, ni más suntuoso, que esta arquitectura ojival. Sus dos torres, bordadas de adornos y engalanadas con los variados atributos del orden gótico, sus elevadas flechas terminando en punta, el conjunto todo de la obra, es de lo más majestuoso a la vez que pintoresco y adecuado al objeto".

Para 1874, cuando Guzmán Blanco decretó la creación del Panteón, la obra estaba inconclusa. Los más importantes trabajos efectuados desde aquellos días, tuvieron su ejecución durante el gobierno de Juan Vicente Gómez. Primero en 1910, cuando Venezuela se disponía a conmemorar el centenario de su independencia y luego, en 1929, en vísperas del centenario de la muerte de Bolívar.

Justo es que recorramos, así sea con planta profana, las dos naves laterales. La llamada del Evangelio, a la derecha del túmulo del Libertador, está presidida por el monumento consagrado al Precursor Miranda. La denominada de la Epístola, a la izquierda, muestra el monumento, de mármol, como el anterior, dedicado al Mariscal Sucre. El cenotafio al Generalísimo Miranda fue inaugurado en 1896. Pedestal arriba aparece aquel soñador de la Libertad, en traje militar, erguida

la cabeza, perdida la mirada, hacia el infinito. En la diestra plegado el pabellón que él ideó y que vio ondear, en la expedición suicida de 1806. Al pie de la base, una urna entreabierta espera, inútilmente, los huesos del Precursor. En la tapa se posa un águila en actitud de volar y una hermosa mujer, símbolo de la Libertad, se acerca respetuosa, a depositar una ofrenda. Leemos, en placa de mármol, los votos de la República madre: "Venezuela llora por el dolor de no haber podido hallar los restos del General Miranda, que han quedado perdidos en la huesa común de la prisión en que expiró este gran mártir de la libertad americana. La República los guardaría con todo el honor que les es debido, en este sitio que les ha sido destinado por Decreto del Presidente de ella, General Joaquín Crespo, fechado el 22 de enero de 1895".

Conocemos dos especies, sobre la suerte de los despojos de Miranda: muerto en la Carraca de Cádiz, reza una de ellas, fue cremado con sus míseros haberes y sus cenizas dispersadas al viento. La otra, más piadosa y moderna, asegura que el Precursor murió cristianamente, en la enfermería de la prisión y que sus cenizas fueron a dar a la fosa común.

Tampoco reposan en el Panteón los restos de Sucre. Sepultado en la Catedral de Quito, han resultado fallidas todas las gestiones de repatriación. El cenotafio a su memoria fue inaugurado en 1903. Está formado por una columna barroca sobre la cual aparece el héroe en pie, vestido de militar, sosteniendo con la diestra una bandera que ondea hacia su espalda, y en la siniestra, una espada desnuda. En la base hay un templete también barroco en el cual, a la izquierda, se apoya la imagen de la Libertad en actitud melancólica. Dentro del templete reposa un cojín que parece convidar perpetuamente a los despojos lejanos. "La Patria agradecida, dice la leyenda, inconsolable por la pérdida de sus cenizas, le consagra este monumento inaugurado bajo la administración del General Joaquín Crespo".

Llaman la atención, al lado de los descritos, el soberbio monumento al General José Antonio Monagas, prócer de la independencia, presidente de la República y propulsor de la abolición de la esclavitud en su país. El egregio soldado en pie, ante la silla presidencial, sostiene en la diestra la Ley de Abolición del infamante mercado negro. Hacia la base el Ángel de la Fama inflama una larga trompeta, mientras mantiene, abierto y firme, el escudo de Venezuela; a la derecha una matrona sentada sostiene sobre sus rodillas un libro abierto mientras dos niños prestan atención a la lectura. "Ayudó a la independencia de la Patria —reza una lápida—, con su pujanza de guerrero y a la igualdad humana, con su magnanimidad de Magistrado". Este que sigue, erigido en 1939, está consagrado a la memoria del General Rafael Urdaneta. Bien está aquí, uno de los más fieles seguidores de Bolívar. Nos impresiona la lapidaria señal, tallada para la historia. En su primera parte, dice: "General: si con dos hombres basta para emancipar la Patria, pronto estoy a acompañar a usted. Urdaneta, 1813". En la segunda se lee: "No dejó en el mundo sino una viuda y once hijos en la mayor pobreza. 1845".

Más de un centenar de personajes están sepultados en el Panteón Nacional. De vuelo, anotamos a los más famosos: General José

Antonio Páez, Santiago Mariño, Juan Bautista Arismendy, Mariano Montilla, General Agustín Codazzi, doctor Miguel Peña, Juan José Rondón, Fernando Peñalver, Almirante Luis Brión, Juan Antonio Pérez Bonalde y los pintores Arturo Michelena y Cristóbal Rojas. No todos los prohombres cuya inhumación ha sido acordada, reposan en el Panteón. Tales, entre otros: el General Carlos Soublette, Abigaíl Lozano, General José Antonio Anzoátegui, Andrés Bello, Rafael María Baralt, Aristides Rojas...

Las paredes del Panteón, decoradas en artesonado de madera, enriquecidas con ornamentos de yeso, parecen ceder al peso de las ofrendas de la amistad y la gratitud americanas. Consisten, generalmente, en lápidas de impecable acabado. Varias recogen flores del pensamiento bolivariano. Aquí, la Declaración de la República de Venezuela, dada en Angostura a 20 de noviembre de 1818. No habían sonado las dianas de Boyacá y Carabobo y ya el Libertador declaraba, a la faz de la tierra: "La República de Venezuela, por derecho divino y humano, está emancipada de la Nación Española, y constituída en un Estado independiente, libre y soberano. Por recobrar sus derechos y por mantenerlos ilesos, como la Divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero, en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el Mundo, se empeñan en encorvarlo bajo el yugo español". Aquí, en artística losa, la última proclama. Es el canto preagónico del cisne, apunta el profesor López de Mesa. Son dos párrafos apenas. Ciento ochenta palabras, sólomente. Ciento ochenta granos de oro espiritual. Rebosamos de sano orgullo, al leer la lápida de Colombia. Tiene el sabio laconismo de las sentencias: "Simón Bolívar, Libertador de cinco naciones. Honor de América, numen de Justicia y de Gloria". La ofrenda de Bolivia, tildada de obra de arte magníficamente ejecutada, es una hermosa plancha de mármol negro, en la que se lee esta octava real, del inspirado poeta boliviano Ricardo J. Bustamante:

De América el gigante veis dormido!
Dios y la Libertad guardan su lecho.
De Iberia vencedor, venció al olvido
Dejando el solio de la Gloria estrecho.
Mientras quede en la tierra algún latido
O haya una fibra en el humano pecho,
Se han de inclinar los hombres ante el Hombre
Que dióme vida y me legó su nombre.

Positivas obras de arte son, en fin, las decoraciones pictóricas del Panteón ejecutadas, al igual que las de la Casa Natal, por Tito Salas. Salas siguió las huellas de sus predecesores Cristóbal Rojas y Arturo Michelena. El pintor caraqueño inició los descomunales conjuntos históricos en 1936. Constituyen todo un tratado de episodios y de interpretaciones simbólicas, realizados en los moldes de la pintura clásica que Salas bebió en las Academias de París. En el crucero de la Iglesia, contemplamos las primeras: en presencia de una alegoría de la Santísima Trinidad, Bolívar recibe la Primera Comunión. En este mural que sigue, dos hombres, sentados sobre laureles, sostienen, entre los

torsos desnudos, el escudo de Venezuela. En el contiguo el escudo de Caracas emerge, entre cielo y tierra, bordado de fresca vegetación, aureolado de nubes y de arreboles. En el fondo el heraldo de la familia Bolívar. En otra pintura, desdibujados, esfumados, se perciben guerreros al galope, caballos encabritados, armas, como telón propicio a los escenarios de la epopeya. En la entrada, en dirección al monumento central, se destaca la apoteosis de Bolívar, después de muerto. Como en carroza de fuego, arrebatada a las alturas, el Libertador embozado hasta la boca en oscuros velos, es resguardado por dos hermosas: una, de alas virginales, esgrime los gajos del triunfo; la otra sujeta, a ambas manos, las bridas de cuatro corceles. Por debajo de los vientres triunfales de las bestias, en igual vuelo, atléticos soldados sujetan las bridas, soplan las trompetas de la inmortalidad.

En la nave lateral derecha, Salas llevó al muro la horrenda noche de Casacoima. Sorprendido por el enemigo, el 4 de junio de 1817, Bolívar logró salvarse, arrojándose a un estero. En medio de la fiebre, tuvo un delirio: anunció que pronto arrojaría a los españoles de Venezuela, libertaría la Nueva Granada, constituiría a Colombia, enarbolaría el pabellón tricolor sobre el Chimborazo y llevaría sus armas victoriosas hasta el Perú. Sus compañeros lo creyeron loco. Pero la visión del Genio, apunta Julio César García, se hizo realidad en los términos previstos. En este cuadro, Tito Salas nos muestra a un Bolívar de ojos alucinados, en un mar de lodo. Arriba se abre un horizonte de esperanzas. Un horizonte amplio y fúlgido, como el delirio de Casacoima.

En la misma nave está el mural del Chimborazo. En el ápice, coronado de nieves, el Tiempo "bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades, ceñudo —como lo vio Bolívar en su página estupenda— inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano, parece decirle: Yo soy el padre de los siglos, soy el arcano de la fama y del secreto, mi madre fue la eternidad..."

No podía faltar, para quien fue alma y nervio del antiesclavismo, este grupo pictórico que sigue: el Libertador ciñe, con abrazo fraterno, a un robusto vástago africano. Madres agradecidas le ofrecen sus pequeños, en tanto que los manumisos arrojan al suelo, destrozadas, las cadenas vergonzantes.

El Juramento en el Monte Sacro, fue motivo de inspiración para Salas: el maestro don Simón Rodríguez, sentado, absorto, sigue el hilo de la promesa bolivariana. Mucho tiempo después, en 1850, dictaría al doctor Manuel Uribe Angel, el texto magistral. Todo aquí corresponde a la más fiel narración: el futuro Libertador, con la diestra, señala a Roma, enmarcada en columnas, cercada de arcos historiados. Y como símbolo de glorias pretéritas, apoya la izquierda sobre un capitel derruido. "Juro delante de usted..." parece escucharse, por aquellas galerías pobladas de ecos sagrados.

Frente a un mar aborrecido, en este mural de la nave izquierda, Bolívar grita: Unión, unión! El pensamiento del futuro de América parece embargarlo. Hé aquí la fórmula salvadora. La de sus mensajes inflamados, desde el Manifiesto de Cartagena, hasta la alocución testamentaria de Santa Marta, días antes de su tránsito definitivo.

En 1804 Bolívar conoció en París al Barón de Humboldt. Tito Salas remonta al sabio prusiano, "segundo descubridor de América" y al héroe, a un escenario imponente: aquí están los dos, recostados al pertil de un puente del Sena. Al fondo la Catedral de Nuestra Señora, dibuja sus clásicas torres. Parece adivinarse el diálogo decisivo: "Usted, señor Barón, que acaba de recorrer el Nuevo Mundo y que ha podido estudiar su espíritu y necesidades, no cree que ha llegado el momento de darle existencia propia, desprendiéndolo de los brazos de la Metrópoli? Radiante destino el de América, si sus pueblos se vieran libres del yugo, y qué empresa más sublime". "Creo, replica el Barón, que la fruta está madura, pero no veo al hombre capaz de realizar semejante empresa". "Puede ser que lo encontremos, sella el caraqueño, de inmediato".

En 1825, consumada la libertad de América, Bolívar ascendió al cerro de Potosí. Le seguían Sucre, Guillermo Miller, los Plenipotenciarios del Plata, su Estado Mayor. Desde aquella cúspide, anota Rodó, la mirada olímpica se extiende sobre el vasto sosiego que sigue a la última batalla. Tal lo adivinó Tito Salas. Sobre el famoso pico, son palabras del General O'Leary, Bolívar desplegó las banderas de Colombia, Perú y La Plata. Mirando hacia el norte, recorrió en espíritu la carrera gloriosa que había hecho, los sufrimientos que había arrostrado, la grande obra que había consumado; quince años de pruebas, de alternativas, de derrotas, de victorias... Qué mucho, pues, que al posar su planta sobre la argentada cima del Potosí, cual si fuese el pedestal de su fama, se sublimase en la contemplación ideal de la América, libre, gloriosa, tranquila, humillados sus opresores, rodeada de elementos de prosperidad. Aquel día debió ser, ciertamente, el más feliz de la vida de Bolívar...

Remata la galería, la visión profética de Panamá. Sentado sobre desnudas rocas costaneras, el Libertador parece repasar la Carta de Jamaica, certera adivinación de los destinos del Istmo. Una aparición alucinante, lo arropa: es el loco griego que pretendía dirigir, desde una eminencia, los buques que surcaban el mar proceloso.

Bien haya por tí, Caracas gloriosa. Entraña fecunda de Miranda, de Bello y de Bolívar. Cuando acunaste al futuro Libertador, eras apenas villa incipiente, "devota y gentil", como te vislumbró el Padre Borges. Desde entonces, el mundo libre te mima y te admira, como tesoro de timbres perennes. Como norte y cenit. Como cifra y compendio de la Libertad. Ahora te contemplo, desde el atrio de la Santísima Trinidad. En ágiles moles, pretendes escalar las nubes. En laberinto que pasma, se agita una muchedumbre que te concede primacía entre las urbes crepitantes de la tierra. Hasta aquí llegan millones de hombres. Siempre vendrán atraídos por tus encantos. Pero por sobre todos tus atributos y gentilezas, al trasponer tus umbrales, desde cualquier punto del universo, los visitantes, al descubrirse, repetirán con respeto: Salve Caracas, Madre y Maestra de don Simón Bolívar!